

BLAS PASCAL Y LOS MODERNISTAS

Los filósofos modernistas vuelven las miradas hacia el solitario de Port-Royal: lo estudian y comentan, lo lo aplauden y lo citan con verdadera fruición.

Nada más natural y lógico que volver a Pascal cuando se profesa un espiritualismo un tanto heterodoxo y cuando (terminado ya el positivismo) se trata de presentar la nueva obra que ha de reemplazar la vieja y desacreditada de los apóstoles del siglo XIX.

El movimiento modernista tiene dos direcciones: la una que va contra Taine y Renán y la otra que va con Blas Pascal para fundar un nuevo concepto de la vida. El modernismo tiene, pues, dos momentos, como diría Hegel: un primer momento negativo (refutación del positivismo) y un segundo momento afirmativo (renovación espiritualista, según «Los Pensamientos» de Pascal).

Estos dos momentos tienen dos fechas precisas: 1900 y 1910.

En 1889 apareció «El Discípulo» de Paul Bourget, novela en que el autor negaba rotundamente el dogma *cientista* de Taine y de Renán. Esa obra suscitó una violenta polémica entre los pocos partidarios que por entonces tenían los dos viejos maestros y los partidarios del nuevo pensador. Naturalmente éste tuvo a su lado a los más y mejores de sus contemporáneos. Al finalizar esa polémica pudo Renán comprender que su «Porvenir de la Ciencia» a penas sí había logrado dos años de vida y pudo escribir Hipólito Taine esta melancólica frase: «*Mi generación ha terminado*» (*ma génération est finie*).» Y dijo la verdad.

Acompañaron a Bourget en su tarea de crítico y destructor del positivismo, Emilio Faguet, Maurice Ba-

rrés, Pierri Loti, Ferdinand Brunetière, Paul Desjardine y algunos más.

Sobre las ruinas del positivismo levantóse Enrique Bergson para presentar al mundo, con su «Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia,» el plano del nuevo edificio; lo detalló en «Materia y Memoria» y lo perfeccionó en «La Evolución creadora.» Empieza hoy a realizarlo con sus conferencias y discursos en *Foi et Vie*, en los que demuestra cómo ha triunfado la idea espiritualista y con los cuales parece decir: en Pascal está la fuente viva del espíritu.

Coincide esta última etapa de Bergson con las rectificaciones de Enrique Poincaré hechas en el mismo salón de *Foi et Vie*, en el año antepasado, rectificaciones que parecen dictadas por el mismo Pascal.

De tiempo atrás, esta orientación hacia Pascal había sido presentida por los que se ocupan de crítica filosófica y sus previsiones se basaban en un hecho a primera vista exótico; pero muy explicable y lógico dentro de las nuevas corrientes del pensamiento. Nos referimos a la Abadía de Creteil o asociación de los poetas «unanimistas» que seguían paso a paso el camino recorrido por los monjes laicos de Port-Royal.

Quien lea el artículo que en sus «Pensamientos» dedicó Pascal a la geometría en general y luego lea el discurso que en *Foi et Vie* pronunció, hace ya dos años, Enrique Poincaré, comprenderá que los dos matemáticos tienen un mismo concepto de la ciencia: para el uno y para el otro, la ciencia es finita, limitada y por consecuencia, imperfecta. Explican esta imperfección con razonamientos objetivos y subjetivos. Objetivamente sostienen que la observación no puede ir más allá del átomo, del elemento último de la materia. La ciencia, está, pues, limitada por el átomo. Pero el alma humana rebasa el átomo: busca una metafísica. Es ésta una ne-

cesidad que explica la existencia del espíritu y que reclama una vida para el espíritu. Subjetivamente, Poincaré sostiene que mientras subsista el dualismo entre el sér que conoce y el sér conocido, la ciencia será imperfecta y será ilusoria cualquier igualdad entre el espíritu y la materia. Luego el espíritu no está determinado por la materia y puede moverse ampliamente dentro de una órbita cuasi-infinita de libertad.

Pascal sostenía que es imposible encontrar una explicación de los primeros principios de las matemáticas, entre los cuales el principal es el principio de identidad. Así como la ciencia acaba, objetivamente, en el átomo, así acaba, subjetivamente, antes de tocar los principios generales del saber. Pero, dice Pascal, que el espíritu fuerza la muralla y que «la caña pensante» a pesar de su fragilidad sube hasta el cielo.

Bergson, que además de filósofo es matemático, enseña que el espíritu tiene en sí mismo una fuerza de expansión y de creación ilimitada; pero esa fuerza, en el hecho, resulta limitada, porque la materia, sobre la cual actúa el espíritu, ofrece una resistencia casi invencible al *impulso vital*. En consecuencia: la vida verdaderamente espiritual consiste en que a la *música de la conciencia* corresponda la *música del cosmos*. El *ritmo del espíritu* deberá dirigir al *ritmo de la materia*. Así se obtendrá la armonía o si se quiere la identidad o igualdad entre el alma y el mundo. Como se ve esta igualdad no es matemática sino psicológica. Esto es lo que expone en *la evolución creadora*.

Los discursos que el filósofo ha pronunciado ante los miembros de *Foi et Vie*, indican ya que busca, en los *Pensamientos de Pascal*, una causa final por la cual el espíritu habrá de llevar con serenidad y confianza su vida de libertad y acción.

Naturalmente esta metafísica de los modernistas

no tiene la certeza de la filosofía intelectualista. Para ellos no hay tesis metafísicas sino hipótesis metafísicas. Reaparecen, pues, muchas de las ideas de Cicerón, alguna de Escoto y casi todas las de Pascal.

Cualquier crítico de historia nos podrá decir cómo Cicerón, predicando la inseguridad de la ciencia y afirmando la imperfección de la inteligencia humana, trataba de evitar la gran revolución que entregó la república romana en manos de uno solo, de un amo despótico y tan infatuado que se hizo adorar como Dios en tiempos de Calígula y de Nerón.

El franciscano Escoto, con su formidable filosofía *voluntarista* preparó los hombres de la reforma católica, aunque algunos de sus discípulos pasaron, en el momento oportuno, al campo protestante.

Pascal, desde el convento de Port-Royal, defendía al individuo creyente contra el individuo ateo. Individualismo contra individualismo. Cada uno en su esfera tenía que ser lo que fue: enemigo declarado de la Compañía de Jesús, cuya acción pasaba los mares y horadaba los montes.

Quizás, después de las anteriores consideraciones, podrán descubrirse las relaciones que existen entre los modernistas y los filósofos de la antigüedad que precedieron a las grandes revoluciones. Unos y otros tienen mucho de conservadores y mucho de reformadores, y esta dualidad insostenible ha sido, indudablemente, la causa de que no hayan sido escuchados y de que hayan sido aplastados por el carro de la revolución triunfante.

En particular: los modernistas deberán comprender que el *yo social*, la *conciencia espontánea* y la *evolución creadora* no pueden ni podrán contener el avance del socialismo. ¿Qué valen las teorías optimistas que ellos predicán ante el dolor y la miseria humana?

Es indudable que el socialismo optimista, plácido y sonriente de los modernistas cederá el campo al socialismo pesimista, *reivindicador* y hambreado, porque siempre el dolor ha triunfado sobre el placer y aquél es y ha sido el amo y señor de la humanidad.

Sólo hay un poder que puede detener al socialismo y arrancarle de las manos la tea y el cuchillo, ese poder está en la Iglesia, la única *internacional* que existe y puede existir.

¿Acabaron por comprenderlo así los filósofos modernistas? A juzgar por sus últimas obras podemos asegurar que ya algunos rayos del sol de la verdad han penetrado en aquellos espíritus selectos y amantes del bien.

En Colombia, la primera etapa de la vida del doctor Núñez termina en 1886, precisamente en el momento en que el vizconde de Vogué publicaba su célebre obra *El siglo diez y ocho*, en la que el exclusivismo e intransigencia jacobina sufría una crítica definitiva. En ese mismo año el doctor Núñez explicaba, basándose en la historia del país, la conveniencia de una reforma política. Posteriormente, Núñez pudo realizar y completar esa reforma, porque, afortunadamente, él no tuvo la desgraciada suerte política del escritor francés.

Indudablemente el doctor Núñez obtuvo éxito porque su obra era obra necesaria como pedida por el deseo de una renovación espiritual que animaba a todos los contemporáneos. Pero el éxito tiene su explicación más fácil en que en esa obra colaboraron, entre otros, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez y estos maestros supieron encauzar la nueva corriente por el campo de la filosofía católica, y allí pudo adquirir pureza y lozanía.

Los enemigos de la reforma clamaron contra lo que ellos llamaban *retorno a la edad media*, *obscurantismo*,

ignorancia, etc. Ah! Los ilusos nunca comprendieron que aquella reforma que tan gallardamente triunfaba del *extremismo* de las izquierdas y de la terquedad de las derechas, estaba animada por las ideas renacientes de la generación del 89.

Pero... No sabemos cómo estas divagaciones políticas se han apoderado del papel en que escribíamos sobre Pascal y los modernistas franceses; divagaciones incongruentes y desatentadas; pero que, ya escritas, no queremos borrar, para que sirvan de risa a muchos y de motivo de estudio a unos cuantos aficionados a descubrir el hilo misterioso que une todas las cosas.

JOSE TOMAS ESCALLON, M. A.

EL DOCTOR JOSE IGNACIO DE MARQUEZ

(Vida del doctor José Ignacio de Márquez, por Carlos Cuervo Márquez, 2 volúmenes (Bogotá, Imprenta Nacional, 1917-1919)

I

En los momentos en que el país se prepara a presentar en bronce a las presentes y futuras generaciones la imagen del doctor José Ignacio de Márquez, en el lugar de su nacimiento, en testimonio de que fue uno de los fundadores de la República, un eximio jurisconsulto, un orador eminente y uno de sus más probos y dignos gobernantes, Carlos Cuervo Márquez, descendiente del prócer, ofrece a sus contemporáneos como demostración de que su ilustre abuelo merece los honores que se le dispensen, la vida del ciudadano que a los 27 años presidió el gran Congreso de Cúcuta y señaló a Bolívar, para que lo ocupara, el sillón de la Presidencia de la Gran Colombia.